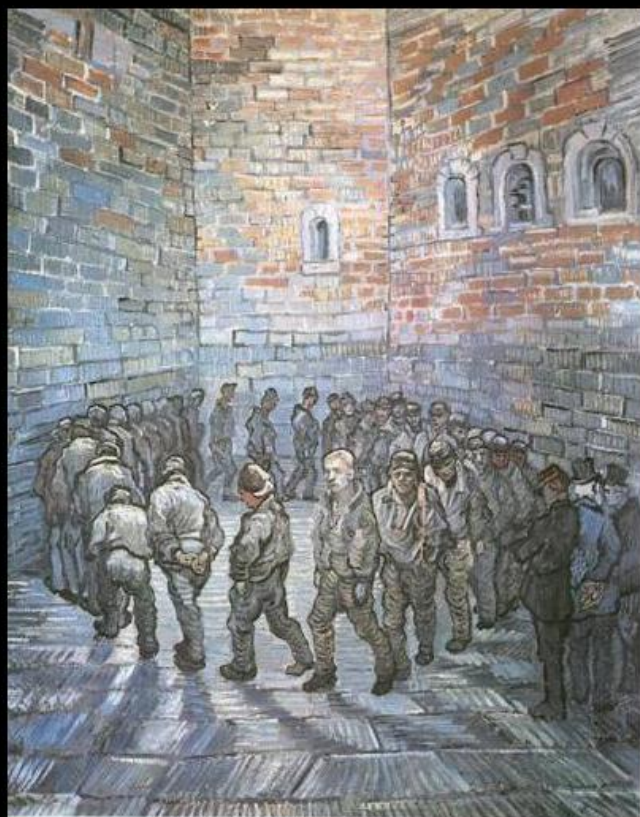


Pierre-Jean
de
Julio Verne



«Pierre-Jean» es uno de esos textos que Michel, hijo de Jules, reescribió. Se publicó con otro título a la muerte de su padre. La versión original del cuento que es la que aquí se presenta fue renombrada años más tarde a «El destino de Jean Morenas» y se publicó como parte de la colección de cuentos Ayer y mañana en 1910.

Es un tema clásico ya abordado por otros y que muestra la preocupación de Jules por el sistema carcelario de la época y las difíciles condiciones en que vivían los convictos, mostrando en el relato las penas impuestas a los reos y cómo estas se hacían cumplir.



Jules Verne

Pierre-Jean (Edición SHJV)

**Obras completas de Julio Verne (SHJV) - Cuentos vernianos -
18**

ePub r1.1

Titivillus 06-01-2018

Título original: *Pierre-Jean*
Jules Verne, 1988
Traducción: Ariel Pérez Rodríguez
Prólogo: Ariel Pérez Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Una clásica historia de redención

Prólogo a la traducción española de «Pierre-Jean»

Pierre-Jean» es uno de esos textos que Michel, hijo de Jules, reescribió. Se publicó con otro título a la muerte de su padre. La versión original del cuento que es la que aquí se presenta fue renombrada años más tarde a «El destino de Jean Morenas» y se publicó como parte de la colección de cuentos *Ayer y mañana* en 1910.

En términos de fecha, los expertos aún no saben dónde ubicarla y varias pistas han salido a la luz pública en aras de saber un período aproximado de redacción. En la introducción de Jacques Davy hecha especialmente para la edición de *San Carlos et autres récits inédits* se habla de *Ceres*, navío que aparece en la pieza teatral «Castillos en California», publicada en 1852 y que al final de este cuento lleva a Pierre-Jean hacia las tierras del Nuevo Mundo. El número de matrícula del convicto es el 2224, formado por las edades respectivas de Paul y la suya. También aporta la idea de que Michel, el primogénito de la familia, nació en 1852. Estas hipótesis las reúne Davy para insinuar que la fecha de redacción de este relato pudiera ser en ese propio año.

Lo cierto es que este, junto a otros textos, formó parte de

aquellas obras que no se publicaron en vida del autor. En el caso de «El destino de Jean Morenas», Michel toma varios pasajes del manuscrito original del padre, pero luego el desarrollo y el final cambian. El personaje de Pierre-Jean lo divide en dos, un individuo bueno (Jean) y otro malo (Pierre), aumenta el cuento en al menos un tercio y complejiza su trama.

Desde el punto de vista de la originalidad, no hay mucho que resaltar en el texto que nos ocupa. Es un tema clásico ya abordado por otros y que muestra la preocupación de Jules por el sistema carcelario de la época y las difíciles condiciones en que vivían los convictos, mostrando en el relato las penas impuestas a los reos y cómo estas se hacían cumplir.

Las notables diferencias entre las dos historias hace que «Pierre-Jean» sea un cuento más directo y sencillo, y a la vez típico, aunque siempre resulte un placer leer al Verne original y descubrir cuáles eran sus ideas primarias. En ese sentido, el cuento resulta revelador de una época en la que Verne escribía cuentos y obras de teatro, algunos años antes de comenzar a redactar los *Viajes extraordinarios*, la serie de libros que lo inmortalizara.

Ariel Pérez Rodríguez

PIERRE-JEAN^[1]

Jules Verne

CAPÍTULO I



acía algunos meses que el cañón de alarma no lanzaba el terror en el puerto de Tolón^[2]. Los convictos mejor vigilados fracasaban desde las primeras tentativas de evasión y los más audaces retrocedían ante los insuperables obstáculos.

No es que el industrioso amor por la libertad se debilitaba en el corazón de los condenados, pero un desánimo inenarrable parecía sobrecargar sus cadenas. También, algunos guardias, culpables de incuria o traición, habían sido alejados del presidio^[3], y una especie de cuestión de honor volvía a los nuevos guardias más severos en su vigilancia e investigaciones. El comisario del presidio se congratulaba mucho por este resultado, sin dejar engañarse por una falsa sensación de seguridad. En Tolón, las fugas son más frecuentes y fáciles que en cualquier otro puerto. De manera que había razones para temer que esta tranquilidad aparente ocultara alguna intención secreta.

Ante la ausencia del crimen, es propio del carácter de las personas que se encargan de la justicia ejecutiva, soñar a que este se produzca en algún momento. Vigilan, persiguen y cuando faltan los hechos, se creen obligados a inferir a partir de la criminalidad del silencio.

En el mes de septiembre, un rico carruaje se detuvo delante de la casa del vicealmirante. Un hombre de treinta y cinco años descendió. Era el señor Bernardon, rico comerciante, establecido recientemente en Marsella.

La figura de este hombre era grave y parecía más viejo que lo que indicaba su partida de nacimiento. El sufrimiento de sus primeros años se leía aún sobre su frente en la que ya existían algunas arrugas prematuras. Su valor había vencido a la fatalidad. Su espíritu despreciaba los prejuicios del mundo y su mano se

abandonaba con igual franqueza a la de pequeños y grandes, si su grandeza y humildad eran honestas.

El señor Bernardon había creado su fortuna solo. Comenzando desde abajo, llegó a ser rico. En Marsella era bien visto y sus relaciones le ponían en contacto con importantes personalidades.

Sin embargo, de la lucha contra el infortunio en su juventud le había quedado una desconfianza fría en los hombres y buscaba la soledad. Se había distanciado de su familia, aunque sus vínculos comerciales no le habían nunca creado relaciones sociales. Partió sin ruido ni precipitación, teniendo como pretexto un simple asunto de familia, y de esa manera llegó a Tolón.

Una carta urgente lo llevó de inmediato ante el vicealmirante, que lo recibió con afabilidad y le rogó que le hiciese conocer el motivo de su visita.

—Señor —respondió el marsellés— es una petición muy simple la que tengo que hacerle.

—¿Cuál, señor?

—Desearía visitar el presidio de Tolón hasta en sus menores detalles.

—Señor —respondió el vicealmirante— la recomendación del prefecto era inútil. Un hombre de su valor no tiene que hacer uso de estos pasaportes de cortesía.

El señor Bernardon se inclinó y, agradeciendo al vicealmirante por su cortesía, le preguntó cuáles eran los trámites a cumplimentar.

—Nada más simple, señor, debe ir a ver al almirante, y sus deseos serán satisfechos.

El señor Bernardon pidió permiso, se hizo conducir donde el almirante, y obtuvo, al momento, el permiso de entrar al arsenal. Quería inmediatamente sacar partido de su visita, y un guardia lo acompañó a ver al comisario de la penitenciaría, que se puso rápidamente a su disposición. El marsellés le agradeció, pero manifestó el deseo de estar solo.

—Actúe como le parezca, señor —respondió el comisario.

—¿Podría hablar con los condenados?

—Perfectamente, señor, los sargentos están prevenidos. ¿Son, sin dudas, intenciones filantrópicas las que lo traen aquí?

—Sí, señor —respondió sin vacilar el señor Bernardon.

—Estamos acostumbrados a estas visitas —contestó el comisario—. El gobierno, con razón, busca introducir mejoras en el régimen carcelario, y se cree que el estado de los condenados ya experimenta notables diferencias.

El marsellés se inclinó.

—Hay una justicia severa bien difícil de cuidar en semejantes circunstancias, y si bien no debemos ultrajar los rigores de la ley, sí debemos estar en guardia contra estos filántropos ultramoderados que olvidan el crimen en presencia del castigo. Por lo demás, sabemos que la justicia imparcial está compuesta de moderación.

—Tales sentimientos le honran —respondió el señor Bernardon— y si mis observaciones pueden interesarle, señor, tendré gran placer en conversar con usted.

Después de esto, los dos hombres se separaron y el marsellés avanzó hacia la prisión.

El puerto militar de Tolón consta principalmente de dos inmensos polígonos cuyas paredes septentrionales dan al muelle. Uno se llama Puerto Nuevo y se sitúa al oeste del segundo nombrado Puerto Viejo. Los lados de estos recintos, verdaderas prolongaciones de las fortificaciones de la ciudad, son especies de diques lo suficientemente amplios como para soportar grandes edificios tales como los talleres de máquinas, los cuarteles y las tiendas particulares de la Marina. Cada una de estas dársenas tiene, en la parte meridional, una abertura suficiente para el paso de los veleros de alto calado. Estos bellos recintos podrían servir sin problemas para fondeaderos flotantes, si el constante nivel del Mediterráneo, que no está sujeto a apreciables mareas, no hubiera hecho que se cerraran debido a su falta de utilidad. Puerto Nuevo está limitado al oeste por tiendas y el parque de artillería, y al sur, a la derecha de la entrada que da sobre la pequeña rada, por las prisiones.

Son dos edificios que se reúnen en ángulo recto; el primero, delante del taller de las máquinas de vapor, se expone hacia el sur, el segundo da a Puerto Viejo y continúa con los cuarteles y el hospital. Independientemente de las tres salas que encierran estas construcciones, hay tres prisiones flotantes. En estas últimas colocan a los condenados a largo plazo, mientras que los condenados de por vida son encerrados en las salas.

Si hay un lugar donde no debe existir la igualdad es en la prisión. La penalización, en virtud de la distinción del castigo, que señalan el grado de perversidad del espíritu, debería tener sus distinciones de castas y rangos. Los condenados de cualquier género, edad y pena están mezclados de forma vergonzosa, y de estas deplorables aglomeraciones es lógico que surja una horrible corrupción. El contagio del crimen ejerce peligrosos estragos entre estas masas corruptas, y los remedios se tornan inservibles cuando el mal se ha pasado a la sangre y la inteligencia.

Las prisiones están relegadas, como se aprecia, a la extremidad del arsenal y lo más lejos posible de la ciudad.

El presidio de Tolón tenía entonces cerca de cuatro mil convictos. Las direcciones del puerto, las construcciones navales, la artillería, la tienda general, las construcciones hidráulicas y los edificios civiles ocupaban a tres mil destinados al trabajo duro^[4]. Los otros que no encontraban lugar en estas cinco grandes divisiones, servían en el puerto al lastrado, deslastre y remolque de las embarcaciones, a la limpieza, transporte de lodos, el desembarco de la madera para la arboladura y para la construcción. Otros, finalmente, eran enfermeros o pacientes, empleados especiales o condenados a doble cadena a consecuencia de una fuga.

Las doce y media sonaban en el reloj del arsenal cuando el señor Bernardon se dirigió hacia las dársenas. El puerto estaba desierto. Los convictos, que habían salido de las galeras al amanecer, habían trabajado hasta las once y media. El reloj los llamaba a sus respectivas prisiones. Cada uno de ellos había recibido un pan de novecientos diecisiete gramos o trescientos gramos de galleta, así como cuarenta y ocho centilitros de vino. Los condenados de por vida estaban recostados sobre sus bancos, y sus esbirros^[5] los habían encadenado rápidamente. Los otros condenados podían circular libremente por toda la sala. Al sonido del silbato del sargento, se agrupaban en cuclillas en torno a unas vasijas que contenían una sopa hecha con habas secas y que la servían durante todo el año. Tal era su rutina diaria y aun así estos infelices solo tenían derecho a su ración de vino en los días de dura labor.

Los trabajos debían reanudarse a la una y terminarse a las ocho de la noche. Se conducía entonces a los condenados a sus celdas, donde dormían sobre las baterías en las prisiones flotantes, o sobre

catres de tijera en las galeras con piso de tierra, protegidos contra el frío o la dureza de sus lechos, solamente, por un pedazo de una gruesa tela de lana gris.

CAPÍTULO II



Los condenados no debían regresar a los trabajos antes de una media hora. El señor Bernardon aprovechó su ausencia para caminar por los muelles, examinó la distribución del puerto, los veleros abrigados bajo sus calas cubiertas, los inmensos buques atrapados en las dársenas de carena, las pesadas piezas fundidas amontonadas bajo las grúas, pero apenas le concedía una vaga atención a estas maravillas de la industria. Sin duda, necesitaba algunos detalles sobre la vida cotidiana de los condenados, porque al acercarse a uno de los sargentos le dijo:

—¿A qué hora, señor, los prisioneros deben volver al puerto?

—A la una —respondió el guardia.

—¿Están todos sometidos a los mismos trabajos?

—No. Bajo la supervisión de los diferentes contra maestres, hay algunos que se dedican a actividades especiales. En los talleres de cerrajería, cordelería y fundición, que requieren conocimientos prácticos, se encuentran excelentes obreros.

—¿Cuánto pueden ganar?

—Depende. Trabajan a la jornada o por tarea. Un día de trabajo les puede reportar de cinco a veinte centavos. Las tareas, según su habilidad y rapidez, les pueden reportar treinta en ocasiones.

—¿Esa suma módica puede mejorar su suerte? —preguntó el marsellés con prontitud.

—Les es suficiente para comprar tabaco, que aunque esté prohibido se tolera que lo fumen y por algunos centavos también reciben a veces un poco de guisado o legumbres.

—¿Tienen el mismo salario los condenados a prisión perpetua y los de largo plazo?

—La paga es la misma para todos, pero estos últimos tienen un suplemento de un tercio que les guardamos hasta que su pena

expire. Entonces reciben el monto de la suma para que, de esa manera, no se encuentren en la ruina total al salir de la prisión.

—Lo sé —dijo el señor Bernardon y suspiró profundamente.

—A mi entender, señor —dijo el sargento—, no son tan desdichados, y, si por sus faltas o tentativas de fuga no se les dobla la duración de la condena, por su bienestar tienen menos para quejarse que un grupo de obreros de las ciudades.

Este hombre, habituado al espectáculo del dolor, llamaba a aquello «bienestar».

—¿No es entonces solamente la prolongación de la pena —preguntó el marsellés, con voz un poco alterada— el único castigo que se les infringe en caso de evasión?

—No. También existe el castigo corporal y la doble cadena.

—¿Castigo corporal? —replicó el señor Bernardon.

—Que consiste en la aplicación de quince a sesenta latigazos sobre los hombros, con una cuerda untada con alquitrán.

—¿Es imposible la fuga para un condenado con doble cadena?

—Casi imposible —respondió el sargento—. Los presos son encadenados a su banco y no salen jamás. He ahí la dificultad para evadirse.

—Entonces, mientras trabajan, escapan más fácilmente.

—Sin duda. Las parejas, aunque son vigiladas por un carcelero, tienen una cierta libertad que exige el trabajo, y tal es la habilidad de esa gente que, a pesar de una vigilancia estricta, en menos de cinco minutos son capaces de cortar la cadena más fuerte. Cuando la chaveta remachada en el perno móvil es muy dura, dejan el anillo que les rodea la pierna y liman el primer eslabón de su cadena. Hay muchos condenados empleados en los talleres de cerrajería y allí se pueden encontrar fácilmente los materiales necesarios. En ocasiones la placa de hojalata que lleva su número les es suficiente. Si logran procurarse un resorte de reloj, el cañón de alarma no tarda en sonar. En fin, tienen mil recursos, y un condenado, un día, vendió veintidós de esos secretos para evitar un castigo corporal.

—Pero ¿dónde pueden ocultar sus herramientas?

—En todas partes y a la vez en ninguna. Un preso llegó a hacerse cortes debajo de las axilas, e introdujo pequeños fragmentos de acero por debajo de su piel. Recientemente, le confisqué a un

condenado una cesta de paja que en cada espacio tenía limas y sierras imperceptibles. Nada es imposible, señor, a los hombres que se llaman Petit, Collonge o el conde de Sainte-Hélène.

En ese momento, dio la una. El guardia saludó al señor Bernardon y volvió a su puesto.

—¡Esperanza y justicia! —se dijo el negociante—. ¡Pero si fallo! ¡Gran Dios! ¡El castigo corporal! ¡Y la doble cadena!

Los condenados salieron entonces de la prisión, unos solos, otros en pareja, bajo la vigilancia de un carcelero. El puerto se hizo eco del ruido de las voces, la resonancia de los hierros y las amenazas de los oficiales de galera. El señor Bernardon quedó dolorosamente impresionado, y para no apresurarse en visitar a estos infelices se dirigió hacia el parque de artillería.

Encontró escrito allí, como en otros lugares similares, el código penal de la prisión:

Será penalizado a muerte todo condenado que golpee a un guardia, mate a su compañero, se revele u organice una revuelta. Será penalizado a tres años de doble cadena, el condenado a prisión perpetua que se haya evadido. A tres años de prolongación de pena, el condenado a largo plazo que haya cometido el mismo crimen y a una prolongación determinada por un juez cualquier convicto que robe una suma superior a los cinco francos.

Será condenado a castigo corporal todo condenado que haya limado sus hierros o haya empleado cualquier medio para poderse escapar, a quien se le encuentre algún disfraz, robe una suma inferior a los cinco francos, se embriague, practique cualquier juego de azar, fume en los puertos o en otros lugares, venda o desgarre su ropa, escriba sin permiso, posea una suma superior a diez francos, agreda a su compañero, se rehúse a trabajar y se insubordine.

El marsellés permaneció pensativo después de haber leído. Fue sacado de su abatimiento con la llegada de los responsables de las galeras. El puerto estaba en plena actividad; el trabajo se distribuía en todos los puntos. Los contramaestres dejaban escuchar por aquí y allá sus ebrias voces:

- Diez parejas para Saint-Mandrier^[6].
- Quince *calcetines*^[7] a la cordelería.
- Veinte parejas a la arboladura.
- Un refuerzo de seis *rojos*^[8] a la dársena.

Las parejas solicitadas se dirigían hacia los lugares designados, compelidos por los insultos de los sargentos y, en algunas ocasiones, por sus temibles bastones. El marsellés los miraba con suma atención y buscaba, sobre todo, reconocer su número. Unos se enganchaban a carretas con pesadas cargas, otros transportaban sobre sus hombros piezas pesadas de carpintería, apilando y descombrando las tablas para la construcción o arrastrando con una cuerda^[9] los veleros en desarme y todo se hacía bajo un sol que emitía, a raudales, su asfixiante calor.

Los convictos estaban vestidos con una casaca roja, un chaleco del mismo color y un pantalón gris de tela gruesa. Los condenados a prisión perpetua llevaban una gorra de lana verde y se les empleaba en los trabajos más rudos, al menos de capacidades especiales. Los condenados sospechosos por viciosos instintos o tentativas de evasión llevaban una gorra verde, rodeada de un largo borde rojo. La gorra completamente roja designaba a aquellos destinados a largas condenas, y sobre estos últimos, el señor Bernardon lanzaba miradas ansiosas. Pegado al gorro había una placa de hojalata que llevaba el número de matrícula de cada prisionero.

Unos, encadenados por pareja, cargaban grilletes de ocho a veintidós libras^[10]. En uno de los condenados, la cadena iba del pie a la cintura, donde estaba fija, y continuaba para ligarse a la cintura y al pie del otro. Estos infelices se llamaban, de forma humorística, «los caballeros de la guirnalda». Los otros, que no tenían pareja, solo portaban un anillo y una semicadena de nueve o diez libras, e inclusive un solo anillo que llaman «calcetín», que pesa de dos a cuatro libras. Algunos indomables presos tenían sus pies dentro de un «martinete», cierre en forma de triángulo que fijadas a cada una de sus extremidades alrededor de la pierna y templada de una manera especial, resiste a cualquier esfuerzo de ruptura.

El señor Bernardon, que interrogaba tanto a los condenados como a los carceleros, recorrió todos los sectores del puerto. Algunas veces, una pregunta le asomaba a los labios, pero no osaba hacerla. Buscaba evidentemente reconocer a uno de esos

desafortunados, y una impaciencia febril lo agitaba secretamente.

Delante de él se encontraba ese cartel desgarrador definido por la abogacía y la ley, donde se estampaba, en un triste día, la degradación de las pasiones humanas. Porque la fatalidad había encontrado solo colores sombríos en la paleta del crimen. Pero el inquieto visitante no se detuvo ante el cartel. Entre aquella multitud, buscaba a alguien que no lo esperaba.

Era el número 2224. De su nombre y familia no le quedaba nada. Solo era conocido en el mundo por algunas cifras deshonorosas que lo clasificaban como parte de una vergonzosa horda. Triste nombre de bautismo con el que la prisión adorna a sus hijos.

A pesar de las investigaciones del señor Bernardon, el 2224 no aparecía. Entonces, el negociante se dirigió a un guardia y le preguntó si ese número estaba en la prisión o retenido por cualquier otra causa.

—Discúlpeme —respondió el aludido—, él trabaja en el amarre^[11] de la arboladura.

—¿Qué tipo de hombre es?

—En mi opinión, un hombre pacífico, algún «caballo que regresa»^[12].

Esta denominación indicaba que el condenado estaba por segunda vez en la prisión.

—Si desea hablarle —dijo el guardia— vaya hacia la máquina de arboladura.

El señor Bernardon se dirigió rápidamente hacia allí y vio al 2224 que ajustaba uno de los timones. El marsellés no lo perdió más de vista y una tristeza húmeda inundó sus ojos rápidamente.

CAPÍTULO III



era un hombre de treinta años, bien fuerte, el número 2224. Su rostro era franco y revelaba una inteligencia más honesta que la de un criminal. Sobre su frente se podía encontrar una profunda resignación, pero no había embrutecimiento y se notaban ciertos destellos vivos, a veces, a través del abatimiento de sus ojos. Esta energía interior debía ser aprovechada. No se vislumbraba la vocación del crimen sobre los rasgos regulares de este desdichado al que una educación propicia debía conducirlo inevitablemente a la rehabilitación.

Estaba acoplado a un viejo condenado que, más endurecido y rudo, contrastaba mucho con él. En la deprimida frente del viejo preso, se agolpaban incesantemente pensamientos culpables. Vergonzosa y horrible unión que constituía la inmensa solidaridad del crimen. ¿De dónde proviene esta ley fatal que obliga a las buenas almas a perderse al tener contacto con las malas? ¿Por qué el mal es el roedor del bien?

Las parejas empleadas en ese momento izaban los mástiles de un velero recién construido y para acompañar sus esfuerzos, cantaban la canción de la viuda. ¡La viuda es la guillotina, viuda de todos los que mata!

*¡Oh! ¡oh! ¡oh! Jean-Pierre, oh
¡Acicálese!
¡Aquí está! ¡Llego el barbero!, oh
¡Oh! ¡oh! ¡oh! Jean-Pierre, oh
¡Llegó la carreta!
¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!
¡La guadaña llega!*

¡Qué existencia! ¡Qué pensamientos! ¡Qué horizonte limitado por la cárcel y el patíbulo!

El señor Bernardon esperó pacientemente que los trabajos se terminaran. Entonces, aprovechando el descanso que les ofrecían, las parejas se disponían a hacer una pausa. El más viejo de los dos presos se acostaba a todo lo largo en el suelo y el más joven, silencioso y abatido, se apoyaba sobre un ancla.

El marsellés avanzó hacia él.

—Mi amigo —le dijo afectuosamente—, me gustaría hablarle.

El número 2224 caminó hacia su interlocutor y el movimiento de la cadena sacó al viejo forzado de su somnolencia.

—Oye —dijo este—, estate quieto, que vas a hacer que los guardias nos repriman.

—Cállate, Romain, quiero hablar con este señor.

—No vas a hablar nada.

—Suelta un poco tu cadena por el extremo.

—No. Voy a tirar solo de mi mitad.

—Romain, Romain —dijo el número 2224, que comenzaba a enfadarse.

—Eh bien, juguémoslo —dijo Romain— y sacó un juego de cartas de su bolsillo.

—Ya está —replicó el joven condenado.

La cadena de los dos presos estaba compuesta por dieciocho eslabones de seis pulgadas^[13]. Cada uno tenía, por tanto, nueve, y podía tener así su margen de libertad. Los dos adversarios comenzaron a reñir y la disputa desvelaba una ardiente codicia. Llenaron su lenguaje de palabras incomprensibles.

El señor Bernardon se aproximó a Romain.

—Le compro la parte de la cadena —le dijo.

—¿Paga bien?

El negociante sacó cinco francos de su bolsa.

—¡Cinco! —dijo el viejo forzado. ¡Trato hecho! Y se precipitó sobre el dinero que desapareció no se sabe dónde. Al instante, desenrolló los eslabones que tenía delante de sí, retomó su lugar y se acostó con la espalda hacia el sol.

—¿Para qué me quería? —preguntó el joven condenado al marsellés.

Este lo miró fijamente y le dijo:

—Se llama usted Pierre-Jean. Ha pasado cinco años en la cárcel por robo. Hace tres años acababa de cumplir su pena, pero un tiempo después, lo volvieron a hacer prisionero por reincidente y lo condenaron a diez años de cadena.

—¡Es cierto! —dijo Pierre-Jean.

—Y usted es el hijo de Jeanne Renaud.

—Mi pobre buena madre —dijo el convicto tristemente—. No hable nada más. Está muerta.

—Murió hace dos años —agregó el señor Bernardon.

—Pues sabrá, señor, que trabajo duro para juntar el dinero para comprar una tumba a la pobre Jeanne Renaud.

—Está enterrada bajo una bella placa de mármol —respondió el negociante.

—¿Con árboles verdes a su alrededor?

—Sí, Pierre-Jean.

—Oh. Gracias, señor. Pero ¿quién es usted?

—Escuche y cuidémonos de que no se nos vea juntos por mucho tiempo. De aquí a uno o dos días, prepárese a huir. Compre a precio de oro el silencio de su compañero. Prometa todo, cumpliré sus promesas. Cuando esté listo, recibirá usted los instrumentos necesarios para la fuga. Si los tuviese ahora, les podrían comprometer. Adiós, Pierre-Jean.

El marsellés continuó tranquilamente su inspección, dejando al condenado estupefacto con lo que acababa de escuchar. Hizo varios recorridos por el arsenal, visitó los talleres y regresó luego a su carruaje, cuyos caballos lo llevaron rápidamente al hotel.

Pierre-Jean no había salido de su asombro. ¿De dónde venía este hombre que conocía tan bien las diversas circunstancias de su vida? ¿Por qué razón le había hablado de su madre? ¿Por qué Jeanne Renaud tenía una bella tumba a la sombra de los árboles? ¿Qué interés tenía ese hombre al liberarlo? De cualquier forma, había aceptado rápidamente la oferta y resolvió preparar todo para su fuga.

Ante todo, debía instruir a su compañero sobre lo que quería hacer, cosa indispensable porque el vínculo que los unía no podía romperse sin que el otro se diera cuenta. Quizás Romain también quería aprovecharse de la evasión y disminuirían de esa manera las posibilidades de éxito.

A este viejo forzado solo le quedaban por cumplir unos dieciocho meses de cadena. Pierre-Jean, convenciéndolo de quedarse, le demostró que, por tan poco, no debía arriesgar un aumento de la pena, pero Romain, que veía dinero al final de todo, no quería entender razones y rehusaba prestarse a todas las imaginaciones de su camarada. El viejo comenzó a prestar un poco más de atención a los planes de Pierre-Jean solo cuando este le habló de algunos miles de francos que pudieran esperarlo a la salida de la prisión. La dificultad consistía en asegurarse del modo de pago. Después de numerosas conversaciones, en las que Romain mostró un soberano desprecio por las promesas y las palabras de honor, se convino que le daría, por adelantado, algunos diamantes, que se encargaría de guardar en lugar seguro. Por lo demás, consintió en fiarse de la lealtad de Pierre-Jean, aumentando los intereses de la suma a la tasa legal.

Entonces fue cuando Pierre-Jean pensó en la manera de escapar. La cuestión era salir del puerto sin ser visto. Necesitaba escapar de las ejercitadas miradas de los centinelas y carceleros. ¿Debía emplear la audacia o la astucia? Quizás ambas. Una vez que llegase al campo y antes de que pudieran prevenir a las brigadas policiales, sería fácil ofrecer dinero a los campesinos y a aquellos a los que la esperanza de la prima ofertada por los evadidos haría más felices; ciertamente no se resistirían al atractivo de una suma superior.

Pierre-Jean consideró que la noche era el momento más favorable para sus proyectos. Estaba condenado por largo plazo, y en lugar de estar preso en uno de los viejos navíos que forman las cárceles flotantes, por una excepción de la regla, estaba encerrado en las salas. Salir era difícil. Lo importante era entonces no volver a entrar allí. De manera que las radas prácticamente desiertas le ofrecían algunas oportunidades de éxito, porque no podía soñar a abandonar el arsenal por otro lugar que no fuera por mar. Una vez en tierra, le correspondía a su protector indicarle el camino.

Llevado así por sus reflexiones de confiar en el desconocido, resolvió esperar por sus consejos, y conocer, ante todo, si ratificaría las promesas hechas a Romain. Así, impaciente, el tiempo le transcurría lentamente.

Al día siguiente, el marsellés vino directamente hacia él.
—¿Entonces?

—Todo está arreglado, señor, y si desea serme útil, todo irá bien.

—¿Qué necesita?

—Prometí tres mil francos a mi compañero a la salida de la prisión.

—¡Los tendrá! ¿Qué más?

—Pero quiere algo más real que una promesa y pide unos diamantes como adelanto.

El señor Bernardon verificó que nadie le observaba y dejó caer el broche de su corbata a los pies del viejo forzado, que la desapareció instantáneamente. Al mismo tiempo, le entregó una bolsa a Pierre-Jean.

—Aquí está —dijo—, oro y una lima bien temperada.

—Gracias, señor. ¿A dónde debo llegar?

—Cerca de Notre-Dame-des-Maures^[14], en las montañas.

—¡Acordado!

—¿Cuándo será?

—Esta noche. A nado.

—Bien. Procure llegar al cabo de Garonne^[15]. Encontrará allí todos los recursos para pasar desapercibido. Coraje y prudencia.

—Y gratitud —agregó Pierre-Jean.

Los presos regresaron al trabajo. El señor Bernardon, frío e impasible, examinó, con gran minuciosidad, los trabajos del arsenal y conversó durante mucho tiempo con dos célebres carceleros, que le tomaron por un archifilántropo.

CAPÍTULO IV



Pierre-Jean parecía ser el más tranquilo de los prisioneros, pero, muy a su pesar, un observador atento se hubiera dado cuenta de su inusitada agitación. El amor por la libertad soplaba en su corazón y se volvían a encender todas esas esperanzas adormecidas bajo la ceniza de la resignación. Trabajó con un ardor insólito y parecía traicionarse por demasiada buena voluntad. La indiferencia era la mejor máscara.

Para disimular, durante unos instantes, su ausencia a la reanudación de las actividades en la tarde, se las arregló para hacerse remplazar por un camarada que estaba cerca de su compañero de cadena. Un preso «calcetín» —nombrado así por el anillo ligero que lleva en la pierna—, a quien le quedaban por cumplir algunos pocos días más en la cárcel, por tanto sin pareja, estuvo de acuerdo en participar en el plan de Pierre-Jean por tres piezas de oro. Consintió en unir a sus pies la cadena del fugitivo durante algunos minutos luego de su ruptura.

A las siete de la noche, Pierre-Jean aprovechó un momento de descanso para cortar sus hierros. Gracias a la perfección de su lima y aunque este grillete era de un temple resistente, la operación se efectuó de forma rápida. Poco antes de la vuelta a las salas, después de haber visto al preso con el que había hecho negocio ocupar su lugar, se escondió detrás de algunas piezas de madera.

No lejos de él se encontraba una inmensa caldera destinada a una fragata a vapor, que se había puesto a secar delante del taller de las máquinas. Este vasto recipiente se hallaba apoyado en su base y la abertura de los hornos le ofrecía al preso un abrigo impenetrable. Aprovechándose de un momento adecuado, se deslizó sin hacer ruido, llevando un trozo de madera que tenía forma de

gorra y a la que le había hecho algunos huecos. Esperó.

La noche cayó. El reloj dio las ocho. Los condenados abandonaron los trabajos, se dirigieron hacia sus respectivas prisiones bajo la supervisión de los guardias. El cielo, cargado de nubes, aumentaba la oscuridad y favorecía a Pierre-Jean. Cuando el arsenal estuvo desierto, salió de su escondite y moviéndose en silencio se dirigió hacia el lado donde se situaban las dársenas de carena, pues no podía pasar por delante de los edificios de la cárcel. Del otro lado de la ensenada, la isla de Cepet se llenaba de tinieblas. Algunos sargentos erraban por esos terrenos. Pierre-Jean interrumpió su marcha horizontal y se ocultó en las sombrías cavidades. Por fortuna, había roto todas sus cadenas y sus movimientos eran silenciosos y libres.

Llegó, por fin, al mar, por la zona de Puerto Nuevo, pero no muy lejos de la abertura que daba acceso a la ensenada. Con su especie de gorra de madera en la mano, se deslizó por una cuerda y desapareció sin ruido sobre las aguas. Cuando regresó a la superficie, se cubrió la cabeza rápidamente con esa extraña cubierta. Su cabeza desaparecía, de esa forma, ante miradas indiscretas y los agujeros hechos anteriormente le permitían dirigirse. Se asemejaba a una boya a la deriva.

De repente, un cañonazo resonó.

—Debe ser el cierre del puerto —pensó.

Le siguieron un segundo y un tercer disparo.

—¡El cañón de alarma! ¡Mi fuga ha sido descubierta! ¡Ánimo!

Y Pierre-Jean, evitando con cuidado el acercamiento de los navíos y la cadena de las anclas, avanzó por la pequeña ensenada hacia el lado del polvorín de Millau. El mar estaba agitado, pero, como buen nadador, se sentía con fuerzas para ir más lejos. Dejó a la deriva su ropa que disminuía la velocidad de su marcha y traía su pequeña bolsa con oro colgada a su pecho.

Llegó sin dificultades al medio de la pequeña ensenada y apoyándose sobre un cuerpo muerto, una especie de boya de hierro, se quitó con precaución la gorra que le ocultaba.

—¡Uf! —exclamó—. Este paseo solo es una parte de lo que me queda por hacer. En alta mar, no tengo nada que temer, pero necesito, ante todo, pasar la entrada de la bahía donde existen muchas embarcaciones entre la gran torre y el fuerte de la

Aiguillette^[16]. Será cosa del Diablo si logro evadirlas. Mientras llegue el momento, orientémonos y no metamos al Diablo de esta parte mientras aún no esté aquí.

Pierre-Jean consiguió orientarse por el polvorín de la Goubnin y el fuerte Saint-Louis. Era preciso seguir en línea recta y, para no ser visto, ni de un lado ni del otro, necesitaba pasar por el medio.

Con la cabeza abrigada bajo su aparato, nadó silenciosamente. El viento refrescaba y se confundía con peligrosos ruidos que podían engañar la fineza de su oído. Se mantenía en guardia y, por mucha importancia que tuviese en abandonar la pequeña ensenada, avanzaba lentamente para no dotar de una velocidad imprudente a la falsa boya que le ocultaba.

Transcurrió una media hora. Sus cálculos le indicaban que debía estar llegando al lugar de la entrada, cuando a su izquierda creyó escuchar un ruido de remos. Se detuvo, aguzó el oído y esperó.

—¡Eh! —vociferaron desde un bote. ¿Alguna novedad?

—Nada nuevo —le respondieron desde una embarcación que pasaba a la derecha del prófugo.

—Nunca vamos a encontrarlo.

—Pero ¿es seguro que se escapó por mar?

—Sin dudas. Hemos recuperado sus ropas.

—Y bien, corremos el riesgo de ir hasta las grandes Indias.

—Ánimo. Sigán remando fuerte.

Las embarcaciones se separaron. A Pierre-Jean lo estaban persiguiendo de manera activa. Aprovechando la lejanía de las canoas de la marina, se animó a dar algunas vigorosas brazadas en dirección a la bocana, luchando contra las olas y el desespero que giraban en torno a él.

—Oh. Si estuviera en alta mar.

¿Se puede imaginar la horrible posición de este hombre? Alta mar. Eso significaría la muerte y lo prefería a ir de vuelta a la cárcel. ¡Qué tenacidad! ¡Qué poder de carácter se encuentra, en ocasiones, entre esos desgraciados! Se dice, muy a menudo, que tal energía aplicada al bien daría como resultado grandes cosas. Sí, pero esta fuerza no es natural. Para producirla, se necesitan grandes ansias de libertad. En la placidez diaria de la vida, estas personas se convertirían en seres vanos, inertes e impotentes. La sociedad los repudiaba, los golpeaba y de ese choque brotaban chispas.

De vez en cuando, los gritos llegaban hasta los oídos de Pierre-Jean. Las embarcaciones multiplicaban su búsqueda por la ensenada y debieron necesariamente concentrar su vigilancia sobre la entrada a la bahía. Pierre-Jean nadaba constantemente.

—Prefiero ahogarme —se dijo.

Ya la gran torre y el fuerte del Aiguillette se delineaban ante sus ojos. Las antorchas corrían sobre la ribera, como estrellas de mal augurio. Las brigadas de la policía estaban en acción. El fugitivo disminuyó su marcha y se dejó impulsar por las olas y el viento del oeste que lo arrastraron hacia el mar.

De pronto, un brillo iluminó las aguas y Pierre-Jean percibió a su alrededor a tres o cuatro botes llevando antorchas encendidas. No se movió. Un movimiento en falso podía perderlo.

—¡Eh, allá!

—¡Nada!

—¿Buscaron por la parte de Lazaret?

—¿Y por el lado de los cañones?

—Ya se les avisó a los soldados de la marina.

—Bien, de esa forma no habrá podido desembarcar en la costa.

—Imposible.

—En marcha.

Pierre-Jean respiró. Las embarcaciones se hallaban a solo diez brazas de él y se veía obligado ahora a nadar perpendicularmente.

—¡Allá! ¿Qué hay allá? —gritó un marinero.

—¿Qué? —le respondieron.

—¡Ese punto negro que nada!

—¿En el medio?

—Sí.

—No es nada. Es una boya a la deriva.

—Está bien, entonces atrapémosla.

Pierre-Jean se preparó a sumergirse. Pero, en ese preciso momento, el silbato de un contraamaestre se escuchó.

—En marcha, muchachos. Tenemos más cosas que hacer que estar pescando un trozo de madera. ¡Sigamos adelante!

Y las embarcaciones continuaron su camino. El desventurado retomó su coraje. Su ardid no había sido descubierto. Las fuerzas le volvieron con la esperanza. Una masa negra se dibujaba a lo lejos.

—¿Qué es aquello? —se preguntó. ¡La torre de Balaguier! Estaré

salvado si llego allá. Pero ¿dónde estoy?

Giró hacia la izquierda y reconoció el fuerte Saint-Louis.

—¡Esa es la torre! Después de haber pasado la batería habré llegado a la gran ensenada. ¡La libertad! ¡La libertad!

De pronto, se halló en profundas tinieblas. Un cuerpo opaco interceptaba a sus ojos la vista del fuerte. Era una de las últimas embarcaciones que había chocado contra él. Se detuvo al choque y uno de los marineros se inclinó sobre la borda.

—Es una boya —dijo—. ¡En marcha!

Y el bote retomó su marcha. ¡Fatalidad! Un remo golpeó a la falsa boya, se viró de lado y antes que el evadido pudiera soñar con desaparecer, su cabeza rasurada se vislumbró sobre las aguas.

—¡Lo tenemos! —gritaron los marineros—. ¡Aquí, rápido!

Pierre-Jean se sumergió y, mientras que los silbatos llamaban de todas partes a las embarcaciones dispersas, nadó entre dos aguas hacia el lado de la playa de Lazaret. Se alejó así del lugar de la cita, dado que esa playa está situada a la izquierda de la entrada de la gran ensenada, mientras que el cabo de Garonne se extiende por la derecha. Esperaba, de esa manera, despistar a sus perseguidores, al dirigirse hacia el lado menos propicio para su evasión.

Sin embargo, necesitaba llegar al lugar convenido con el marsellés. Luego de algunas brazadas hacia el lado contrario, retornó sobre sus pasos. Las embarcaciones se agrupaban a su alrededor. A cada instante, se sumergía para no ser reconocido. Finalmente, sus hábiles maniobras engañaron a sus perseguidores, pero necesitaba llegar. Comenzaba a desfallecer, perdía sus fuerzas, varias veces sus ojos se cerraban y su cerebro se llenaba de vertiginosos giros, sus manos se endurecían y sus pies pesados se hundían hacia el abismo. Pero, la providencia y las olas se compadecieron de él y lo lanzaron desvanecido sobre la orilla del cabo de Garonne. Cuando recobró sus sentidos, un hombre estaba inclinado sobre él, al tiempo que le daba a beber algunos sorbos de licor.

—Está a salvo —le dijo—. Vestido con ropas de extranjero y con una peluca encima, llegará fácilmente a Notre-Dame-des-Maures, en las montañas del Anti. ¡Parta lo más pronto posible! Voy a encender una antorcha y vigilar la playa. Nadie imagina que ha venido a parar aquí.

Pierre-Jean se lanzó en la dirección indicada. Al cabo de andar un tiempo, cayó de rodillas, rezó por su madre, y se alejó con paso precipitado.

CAPÍTULO V



La región situada al este de Tolón, llena de bosques y montañas, surcada por precipicios y ríos, ofrecía al fugitivo numerosas oportunidades de escabullirse. Esas tierras que tantas veces había recorrido no tenían secretos para él. No perdió la esperanza de ser salvado por completo y sus reflexiones se dirigían a ese generoso protector cuyo objetivo no podía entender. ¿Tendría necesidad, ese marsellés, de un hombre decidido, dispuesto a todo, listo para enfrentar cualquier tarea y que justamente fue a seleccionar a la cárcel? Pero Pierre-Jean se había jurado que nunca volvería a cometer un crimen, y que huiría de las propuestas indignas como había huido de la prisión.

Eran las diez de la noche cuando se aventuraba entre las montañas de la Garonne. Evitaba seguir los caminos frecuentados. Se lanzaba a las cunetas y los matorrales cuando un paso humano o el ruido de alguna carroza resonaban en medio del silencio. Empleaba toda la circunspección del malhechor cuando va a intentar un crimen, solo que en este caso su prudencia era honesta. Aunque su disfraz lo hacía irreconocible, temía ser identificado y sus ropas de campesino parecían tener algo de artificial. Por otra parte, además de la guardia que recibe la señal de aviso del cañón de alarma, el preso evadido encuentra un enemigo intratable en cada campesino que encuentre. Las razones de seguridad y los motivos pecuniarios refuerzan la agudeza de sus miradas, la velocidad de sus piernas y el vigor de sus brazos. Si se ve al fugitivo, se le reconoce, puesto que siempre quedan estigmas físicos o morales, ya sea por estar acostumbrado al peso de los grilletos y que arrastra un poco la pierna izquierda, o porque un rostro asustado lo delata.

Sin embargo, Pierre-Jean llegó sano y salvo a Grande-Bastide.

Con la mayor discreción entró a una posada, donde le sirvieron una botella de vino y una rebanada de tocino. Tuvo la precaución de pagar su gasto en monedas grandes. Ya un poco restablecido y temiendo a las imprudencias del sueño, se puso en camino. Después de haber seguido durante algún tiempo por el camino de Saint-Vincent, por prudencia se desvió a la derecha y, sin encontrar alma viviente, llegó a la aldea de Roubeaux, que consideró inútil atravesar.

Por un momento, pensó no ir al lugar de la cita, siempre preocupado por la perspectiva de un mal asunto, pero su confianza ganó terreno sobre sus temores y retomando el camino hacia el norte, dejó Hyères hacia su derecha y se adentró por segunda ocasión en las montañas.

El día comenzaba a despuntar y decidió que, a partir de ese momento, no se dejaría examinar de cerca, no evitaría las miradas lejanas de los curiosos, seguiría los caminos principales y caminaría erguido, de la forma más honesta posible. De manera que se arregló la peluca, se abotonó su chaleco y partió con paso firme.

Sus reflexiones lo absorbían por algunos instantes, cuando creyó escuchar el trote de varios caballos. Subió a un talud para observar a lo lejos. La curva del camino le impedía ver, pero no podía engañarse y pegando la oreja a la tierra, escuchó el sonido que había llamado su atención.

En ese instante, y antes que pudiese levantarse, tres campesinos se precipitaron sobre él. Rápidamente, lo amordazaron, le ataron las manos y sus asaltantes le forzaron a regresar sobre sus pasos.

Dos guardias a caballo se acercaban entonces por el camino, se aproximaron a los campesinos y uno de ellos los interrogó.

—¡Un preso evadido, gendarme, un fugitivo que acabamos de atrapar!

—¡Oh! ¡Oh! —dijo uno de los guardias—. ¿Es el de anoche?

—¡Puede ser, pero, sea ese u otro, lo tenemos!

—Se han ganado una buena recompensa.

—Muy bien, eso no se puede rechazar. Sus ropas no les sirven a los carceleros. Nos la quedaremos entonces.

—¿Nos necesitan para algo? —preguntó uno de los guardias.

—Ah. Pues, no. Está bien amarrado y podemos con él.

—Es mejor así —respondió el guardia—, porque estamos

siguiendo una pista y eso nos desviaría de nuestras pesquisas.

—Bien. Hasta luego y buena suerte.

Los guardias continuaron su camino y los campesinos se alejaron en dirección opuesta. Pierre-Jean estaba abatido y marchaba maquinalmente. Atado y amordazado, no podía ni intentar sobornar a sus guardianes. Cuando los gendarmes desaparecieron, los campesinos se apartaron del camino principal, tomaron parajes desiertos y, después de una larga marcha, durante la que no dirigieron la palabra a Pierre-Jean, llegaron a la orilla del Gapau. Mientras que atravesaban el río sobre una balsa, el desgraciado fugitivo intentó tirarse al agua, pero, retenido por manos vigorosas, debió renunciar a cualquier tentativa de suicidio.

Los campesinos evitaban también los grandes caminos, y más tarde se encontraron en medio de las montañas. Pierre-Jean no comprendía su forma de comportarse. Eran las montañas del Anti. Se habían alejado de Tolón y debían estar bien cerca de Notre-Dame-des-Maures. En efecto, el pueblo de Teste des Caneaux se hallaba ante ellos. Borearon la aldea y regresaron al camino principal. Un hombre los esperaba del otro lado. Pierre-Jean fue llevado ante él. Era el Señor Bernardon. El prisionero quiso hacer un gesto, pero el marsellés marchó delante y condujo a la tropa, que no tardó en llegar, a una pequeña y solitaria casa ubicada a poca distancia de Notre-Dame-des-Maures.

Pierre-Jean fue conducido a una habitación baja donde se hallaba una anciana. El señor Bernardon le siguió junto con los tres campesinos y desataron al fugitivo.

—¿Qué quieren de mí? Eso está mal, señor —le dijo al marsellés.

—Esos hombres son de mi entera confianza —respondió el señor Bernardon—. De no haber fingido que lo llevaban a Tolón, los guardias lo hubieran detenido y ahora estaría perdido.

Pierre-Jean seguía sin comprender. A una señal, se sentó y el señor Bernardon le dijo:

—Escuche. Hace tres años, Pierre-Jean salió de la prisión, donde acababa de terminar su pena. Había sido condenado a cinco años de cárcel. La hora de la libertad había llegado para él. Provisto de su pasaporte, vestido con un pantalón de lana, camisa nueva y sombrero barnizado, dejó la prisión y siguió el mismo camino que hoy. Su fortuna se resumía a unos cincuenta francos, pobres ahorros

que había reunido moneda a moneda. No era una persona mala. En un día de desvarío había fallado, pero su castigo severo, lejos de corromperlo, al mezclarlo con malvados de todo tipo, lo había llevado a justas y serias reflexiones. Quería volver a ver a su vieja madre, ayudarla con su trabajo y amarla con todo su corazón. Así que su paso era rápido y alegre, porque se alejaba de la prisión y se acercaba a la aldea. Solo se mostraba avergonzado cuando los gendarmes lo obligaban a mostrar ese pasaporte amarillo que una ley tan cruel impone a los exreos. Después de mucho caminar, llegó a la aldea de Notre-Dame-des-Maures y se detuvo ante esta misma casa. Una anciana estaba aquí. ¡Es esta mujer que está aquí ahora! Lloraba sola en una esquina y torcía sus brazos, desesperada. Pierre-Jean quiso saber la causa de su tristeza. «Ah —dijo ella—, mi hijo está lejos, atravesó los mares para buscar fortuna y sacarme de las dificultades, pero he aquí que, desde su partida, las desgracias se han acumulado sobre mi cabeza, los gastos han aumentado, las cosechas han sido malas y por falta de una suma de cincuenta francos, las personas de la ley van a vender mi pobre choza». Parece que esta anciana fue elocuente por sus lágrimas y por la sinceridad. ¡El alguacil podía venir de un momento a otro y lanzarla al camino! Pierre-Jean quería mucho a su madre, Jeanne Renaud, sin recursos y avejentada también y que podía haber pasado quizás por una situación semejante y el deber de toda alma caritativa habría sido socorrerla. Poseía solo cincuenta francos y se los dio a la buena mujer. Pierre-Jean había hecho una buena acción. Se sintió orgulloso de corazón y contento. En ese momento, el alguacil entró en la choza. Continuó su camino y sin arrepentirse de su compasión, Pierre-Jean calculó que si hubiese tenido cien francos, ahora tuviera otros cincuenta, bien útiles, que le servirían para terminar su largo viaje o satisfacer las necesidades más urgentes de su existencia, pues su madre era pobre. Tampoco le iba a ser fácil encontrar trabajo cuando se conociese de dónde venía. Fue en ese momento que el oficial de la justicia, satisfecho con el pago de la anciana, a la que había dado recibo por la entrega del dinero, venía de vuelta por el camino. No sé qué malévola inspiración se apoderó de Pierre-Jean pero, sin despojar al oficial, entró en posesión nuevamente de sus cincuenta francos, ni más, ni menos. Y pensando que la buena acción compensaría a la mala, continuó su camino. Pero antes de

ver a su madre fue denunciado y perseguido por robo sobre la persona del alguacil y fue condenado nuevamente por una corte, ¡esta vez a diez años de cárcel! Pobre hombre, qué lástima, pues su pobre madre murió, al poco tiempo, sin haber besado a su hijo.

El señor Bernardon se detuvo. Pierre-Jean tenía sus ojos llenos de lágrimas. Luego, el marsellés tomó la mano de la anciana y la puso sobre la de Pierre-Jean.

—¡Ella es mi madre y la ha salvado! —le dijo. Hemos rezado todos juntos por la suya.

Pierre-Jean se cayó de rodillas. El señor Bernardon lo levantó.

—Mi amigo, hoy mismo regresamos a Marsella. Uno de mis barcos lo conducirá al Nuevo Mundo. Tome este dinero que le permitirá vivir para siempre con holgura. Pero debe usted jurarme que trabajará.

—Se lo juro, señor, aunque fuese para rehabilitarme ante mis propios ojos.

El señor Bernardon le apretó la mano diciendo:

—Hace mucho tiempo que para mí usted es un hombre honrado.

Esa misma noche, en compañía del negociante y su madre, Pierre-Jean llegó a Marsella y, al siguiente día, el *Ceres*, un velero de tres mástiles, de setecientas toneladas, recibió el nuevo pasajero que esperaba y desplegó todas sus velas hacia el estrecho de Gibraltar.

Colección de Cuentos vernianos

La obra cuentística de Jules Verne
(1828-1905)

suele ser pasada por alto con frecuencia, pensándose en textos triviales y carentes de interés. Nada más lejos de la realidad. Muchas de estas historias resultan sumamente atractivas por la variedad de temas y situaciones descritas. En ellas se asiste a la visión de un Verne más libre y abierto para hablar del mundo que lo rodea y más dispuesto a tocar temas inusuales en su obra, que rozan, en algunos casos, con lo fantástico y lo sobrenatural. El conjunto de cuentos escritos por Verne puede dividirse en dos etapas bien diferenciadas. La primera transcurre entre 1850 y 1865, período en el que abunda la diversidad temática en un joven Verne que vive en París y que busca convertirse en escritor, donde abundan los relatos de viaje, divulgación y exploración científica, pasando por algunos textos de corte histórico que muestran una afinidad evidente con los futuros Viajes Extraordinarios. Luego, una segunda etapa con textos redactados entre 1867 y 1892 donde aflora un Verne diferente, más satírico, burlesco, oscuro y filosófico.

Títulos que forman la colección:

1. *Un drama en México (Un drame au Mexique)*. Julio de 1851
2. *Un drama en los aires (Un drame dans les airs)*. Agosto de 1851
3. *Martín Paz (Martin Paz)*. Julio de 1852.
4. *Maese Zacarías (Maître Zacharius)*. Mayo de 1854
5. *Una invernada entre los hielos (Un hivernage dans les glaces)*. Mayo de 1855.
6. *El conde de Chantelaine (Le Comte de Chanteleine)*. Noviembre de 1864.

7. *Los forzadores del bloqueo (Les forceurs de blocus)*. Octubre de 1865
8. *Una fantasía del Doctor Ox (Une fantaisie du docteur Ox)*. Marzo de 1872
9. *Una ciudad ideal (Une ville idéale)*. Diciembre 1875.
10. *Los amotinados del Bounty (Les Révoltés de la Bounty)*. 1879
11. *Diez horas de caza (Dix heures en chasse)*. Diciembre 1881
12. *Frritt-Flacc (Frritt-Flacc)*. 1884
13. *Gil Braltar (Gil Braltar)*. 1887
14. *La jornada de un periodista americano en el 2890 (La journée journaliste américain en 2890)*
d'un
. Enero 1891
15. *La familia Ratón (La famille Raton)*. 1891
16. *El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol (M. Ré-dièze et Mlle Mi-bémol)*. 1893
17. *El humbug (Le Humbug)*. 1910
18. **Pierre-Jean** (*Pierre-Jean*). 1988
19. *El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos (Le mariage de M. Anselme des Tilleuls)*. 1991.
20. *El sitio de Roma (La siège de Rome)* 1991.
21. *San Carlos (San Carlos)*. 1991



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870),

La vuelta al mundo en 80 días (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelanto con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas

[1] Publicado en *Manuscrits nantais*, volumen 3, 1991, pp. 1579-1601. < <

[2] Ciudad del departamento de Var en Francia. Se sitúa a unos 190 kilómetros de la frontera con Italia, a orillas del mar Mediterráneo.

< <

[3] *Chiourme*, en el original en francés, palabra antigua que designa el conjunto de reclusos del presidio, en este caso, el propio presidio.

< <

[4] *Fatigue*, en el original. Término marino: se dice del trabajo de los presidiarios que están fuera de la prisión, empleados en los trabajos del puerto. < <

[5] Término peyorativo para designar al guardia. < <

[6] Península de frente a la bahía de Tolón. < <

[7] En el ambiente carcelario, un presidiario que tiene una pierna ceñida por un leve aro. < <

[8] En el ambiente carcelario, se le llama al presidiario común obligado a usar un gorro rojo. < <

[9] En este caso, una cuerda que sirve para remolcar los navíos. < <

[10] De cuatro a once kilogramos. < <

[11] Máquina de suspensión cuyo eje es vertical. < <

[12] Término para designar que la persona es reincidente. < <

[13] Unos dieciséis centímetros. < <

[14] Cerca de veinte kilómetros, a vuelo de pájaro, al este de Tolón.

< <

[15] Actual cabo de Carqueiranne, punta este de la gran ensenada de Tolón. < <

[16] En el manuscrito original de Jules Verne, este fuerte aparece citado en dos ocasiones. En la segunda vez aparece correctamente citado como Aiguillette, mientras que en esta ocasión, aparece citado como Aiguillette, tratándose de una errata por cuanto su nombre correcto es con Aiguillette. (Con «ll»). (Nota del editor digital). < <